

que lleva a amar a los padres y a la patria en la que se ha nacido.

El “patriotismo universalista” que vivió san Josemaría encaja a la perfección con el de san Pablo, quien, con una disponibilidad plena a la voluntad de Dios, supo hacerse todo para todos para ganar a todos (cfr. 1 Co 9, 22), manteniendo en su corazón un amor tierno por sus hermanos, parientes según la carne, que eran los israelitas (cfr. Rm 9, 3-4). Este carácter paulino del patriotismo de san Josemaría explica que, aunque de hecho pasó, como san Pablo, una gran parte de su vida fuera de su país natal, no disminuyó, sino más bien todo lo contrario, el amor a su tierra. Su corazón dilatado por la gracia de Dios le movió a querer cada vez más a los suyos, de acuerdo con su lema de vivir una caridad “ordenada”. San Josemaría admiró también el patriotismo universalista de su paisano san Prudencio, obispo de Tarazona, por su “espíritu abierto, universal, católico”, y porque el amor a su patria no fue nunca obstáculo para que su mirada se levantase “hacia más amplios y dilatados horizontes” (cfr. *Discurso en el acto de su nombramiento como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Zaragoza*, 21-X-1960).

Para san Josemaría la amplitud de horizontes la marca el amor a Cristo y, por Él, el amor a todos los hombres, y encuentra sus raíces en el Nuevo Testamento. Alentó a los fieles del Opus Dei que acudían a vivir a países distintos del suyo, para que amasen al nuevo país como al suyo, con corazón universal (cfr. AVP, III, pp. 316-319). En una carta dirigida a los fieles de la Prelatura les decía: “Pero no he de dejar de hacerlos presente con insistencia que esa caridad de Cristo, que nos urge –*caritas enim Christi urget nos* (2 Co 5, 14)–, nos pide un amor grande, sin limitaciones, con obras de servicio (cfr. 1 Jn 3, 18) a todos los hombres: de cualquier nación, lengua, religión o raza –sin hacer distinción, dentro del orden de la caridad, de miras personales, temporales o de partido, ya que nuestros fines

son exclusivamente sobrenaturales– porque por todos ha muerto Jesucristo, para que todos puedan llegar a ser hijos de Dios y hermanos nuestros” (*Carta 11-III-1940*, n. 7: AGP, serie A.3, 91-6-1).

El auténtico patriotismo, explicaba san Josemaría, nunca puede estar reñido con la caridad ni con la justicia: “No es patriotismo justificar delitos... y desconocer los derechos de los demás pueblos” (S, 316). Por eso, san Josemaría profesó un amor muy particular por el pueblo judío, víctima del Holocausto: gustaba repetir que sus dos grandes amores, Jesús y la Virgen, fueron judíos. Y mostró especial adhesión y afecto por aquellos pueblos en vías de desarrollo, a cuya vida contribuyó impulsando la presencia en ellos de los apostolados del Opus Dei, así como diversas actividades de promoción social y educativo.

*Voces relacionadas:* Política; Sociedad.

**Bibliografía:** CONV, 113-123; Javier ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá. Entrevista con Salvador Bernal*, Madrid, Rialp, 2000.

Carlos CAVALLÉ

## PATRONATO DE ENFERMOS

1. El Patronato de Enfermos; algunos datos históricos.
2. La incorporación de san Josemaría a la labor del Patronato de Enfermos.
3. Fin de una etapa.

Poco tiempo después de su llegada a Madrid, en 1927, san Josemaría fue nombrado Capellán del Patronato de Enfermos, una institución benéfica de las Damas Apostólicas del Sagrado Corazón, entonces de reciente fundación.

### 1. El Patronato de Enfermos; algunos datos históricos

El Patronato de Enfermos se encuentra en un edificio de la calle de Santa En-

gracia, 13 y ocupa gran parte de la manzana situada entre la calle José de Marañón y Nicasio Gallego. Tiene su entrada por la esquina que forma Santa Engracia con Nicasio Gallego, donde, en esta última calle, está la iglesia del Patronato. El edificio se había terminado de construir en 1924 con un estilo muy madrileño de la época: una mezcla de ladrillo con mampostería de piedra, unida a la utilización de azulejos de Talavera.

La actividad principal era el cuidado de enfermos que se atendían principalmente en visitas a sus domicilios, pero se contaba también con una Clínica o Dispensario de unas veinte camas para cuidar urgencias o enfermedades menores. Cuando era preciso, a los enfermos se les tramitaba el ingreso en algún hospital. El Patronato tenía también un Comedor de Caridad de pobres en el que cuidaba a un buen número de ellos diariamente, así como muchas otras actividades entre las que destacaba la Obra de la Perseverancia de la Fe, de la que dependían unas sesenta Escuelas repartidas por todo Madrid, especialmente en los barrios más necesitados. Impartían la Enseñanza Primaria, con especial dedicación a la catequesis de preparación de la primera Comunión.

El primer tercio del siglo XX hubo una gran inmigración en Madrid procedente del campo en busca de mejores condiciones de vida, que hizo que la capital no tuviera capacidad para absorberla, pues carecía de la estructura asistencial necesaria. No había viviendas suficientes, tampoco colegios, y los hospitales de beneficencia estaban más que abarrotados. La iniciativa privada, principalmente de promoción eclesíastica o religiosa, hacía lo que podía para cubrir carencias. Una de estas instituciones fue sin duda la recién erigida Congregación de las Damas Apostólicas del Sagrado Corazón que, desde el principio de siglo, estaba volcada en obras de caridad; en aquel momento había ampliado su actividad con el nuevo edificio de Santa

Engracia. Pueden conocerse estadísticas precisas de su actividad repasando los Boletines que se publicaban trimestralmente. Por ejemplo, en 1928 consta que se atendió a 4.251 enfermos, se dieron 483 extremaunciones, se celebraron 1.251 matrimonios y se administraron 147 bautizos.

La labor de las religiosas y de sus auxiliares llegaba a los barrios extremos, hoy incorporados a Madrid, como Ventas, Pueblo Nuevo, Ciudad Lineal, Tetuán, Almenara o Cuatro Caminos, a los que se podía llegar en tranvía pero, con frecuencia, había que hacer después varios kilómetros por caminos de barro, o campo a través, hasta alcanzar las chabolas miserables en que vivían los enfermos.

El director espiritual de las Damas Apostólicas era el jesuita José María Rubio (fue canonizado por Juan Pablo II en 2003), que estaba muy relacionado con ellas desde los años veinte. Cuando falleció, en 1929, le sustituyó el también jesuita Valentín Sánchez Ruiz que, a partir de junio de 1930, y hasta 1941, sería el confesor habitual de san Josemaría. En 1927 el Patronato tenía dos capellanes, don Lino Veá-Murguía y don Norberto Rodríguez García, que por motivos de salud tenía una dedicación limitada. Don Lino tuvo que dejar el cargo en ese mismo año para incorporarse al servicio militar. Poco después se incorporó san Josemaría.

## **2. La incorporación de san Josemaría a la labor del Patronato de Enfermos**

Al poco de llegar a Madrid, en 1927, san Josemaría residía entonces en la Casa sacerdotal que las Damas Apostólicas del Sagrado Corazón habían instalado en la calle de Larra, 3, por indicación del obispo de Madrid, Mons. Eijo y Garay. Sabiendo que necesitaba un trabajo pastoral en Madrid y conociendo bien su celo sacerdotal, la fundadora, doña Luz Rodríguez Casanova, le ofreció la Capellanía del Patronato de Enfermos.

San Josemaría consideró providencial que le hubieran ofrecido trabajar en el Patronato porque, además de abrirle el camino para obtener licencias ministeriales en Madrid, era un trabajo con cierta estabilidad. También, en octubre de 1928, y después de la fundación del Opus Dei, lo consideró providencial, pues significaba que el Opus Dei había nacido entre los pobres y enfermos de Madrid.

Se cuenta con bastantes relatos que refieren el trabajo pastoral que desarrolló san Josemaría en los años que duró su capellanía, entre los que quizás el más completo es el de Asunción Muñoz, que formaba parte del primer grupo de Damas Apostólicas. Así dice: “Se nos hizo imprescindible nuestro Capellán (...). Yo era la más joven de la Fundación y tenía más resistencia para actuar de día o de noche (...). Nos acercábamos a las casas humildes de estos enfermos. Había, muchas veces, que legalizar su situación, casarlos, solucionar problemas sociales y morales urgentes. Ayudarles en muchos aspectos. Don Josemaría se ocupaba de todo, a cualquier hora, con constancia, con dedicación, sin la menor prisa, como quien está cumpliendo su vocación, su sagrado ministerio de amor. Así, con nuestro Capellán, teníamos asegurada la asistencia en todo momento. Les administraba los Sacramentos y no teníamos que molestar a la Parroquia a horas intempestivas. Nosotras nos encargábamos de todo”.

A cargo del capellán corrían los actos de culto del Patronato de Enfermos, si bien san Josemaría amplió su trabajo colaborando en actividades que no eran de su estricta obligación. En las mañanas de los sábados pasaba muchas horas en el confesonario para atender a los enfermos hospitalizados en el centro y a los pobres que eran asistidos de diversas necesidades ese día. Además, los domingos confesaba a niños y a niñas, alumnos de las múltiples Escuelas próximas al Patronato, que asistían a la Misa que se celebraba para

ellos en la iglesia. También, en época de primeras Comuniones, tres días antes de la ceremonia solía participar en la catequesis preparatoria y tenía largas sesiones de confesonario. Con ocasión de triduos en fiestas determinadas, o cuando más adelante se organizaron tandas de ejercicios espirituales para señoras en el Patronato, también oficiaba los cultos eucarísticos extraordinarios de esos días. Anualmente celebraba los oficios de Semana Santa.

Lo que más abnegación le supuso fue la atención a los enfermos y a los niños de las Escuelas, que eran cerca de 15.000, entre los cuales hacían su primera Comunión unos 4.000 anualmente. En su trabajo de capellanía tuvo ocasión de conocer la amplísima actividad apostólica que se impulsaba y dirigía desde aquella casa y le impresionaron el gran número de visitas domiciliarias a pobres o enfermos, algunos muy graves, que llevaban a cabo las Damas Apostólicas, las postulantes o sus colaboradoras. Todas las semanas le pasaban una larga lista de los enfermos que debía atender espiritualmente, que le obligaba a recorrer los barrios más extremos de Madrid. Los jueves era cuando administraba la Comunión, para lo que alguna de las colaboradoras del Patronato le facilitaba un coche. Todo lo que ocurrió en aquellos años se le quedó muy grabado en la memoria. Pasado mucho tiempo, cuando ya se acababa su vida en la tierra, comentó: “Horas y horas por todos los lados, todos los días, a pie de una parte a otra, entre pobres vergonzantes y pobres miserables, que no tenían nada de nada; entre niños con los mocos en la boca, sucios, pero niños, que quiere decir almas agradables a Dios” (Meditación, 19-III-1975: AVP, I, p. 280).

Él mismo nos ha dejado constancia de aquellos trabajos y del influjo que tuvieron en el desarrollo de su vocación sacerdotal. Así lo escribió en mayo de 1932: “En el Patronato de Enfermos, quiso el Señor que yo encontrara mi corazón de sacer-

dote” (*Apuntes íntimos*, n. 731: AVP, I, p. 424). Recogemos a continuación algunos de sus testimonios, tomados de sus *Apuntes íntimos*.

El 6 de diciembre de 1930 escribió: “La semana pasada (creo que fue el viernes) hube de visitar a un enfermo de quien sabía lo siguiente: D<sup>a</sup> Dolores [una de las Damas apostólicas] me advirtió que estaba fuera de razón, pero que quizá se pudiera hacer algo. En la noche del jueves D<sup>a</sup> Amparo me indicó también que el moribundo era de los más movidos de la Casa del pueblo; me lo avisaba –dijo– por si me recibía mal (de darse cuenta), pues no quería nada con curas... A pesar de la dificultad se fue para allá rezando, como tenía por costumbre, un *Acordaos* y sucedió lo inesperado: el buen viejo aceptó confesarse” (*Apuntes íntimos*, nn. 119-120: GONZÁLEZ-SIMANCAS Y LACASA, 2008, p. 181).

En diciembre de 1930, anotaba: “Por cierto que podría contar muchas bondades y justicias de Dios, vistas por mí en las visitas de enfermos” (*ibidem*, n. 121: AVP, I, p. 284). Solamente diré algo sucedido ayer, primer viernes de diciembre, y a lo que no di ninguna importancia de momento. Sin embargo, creo que la tiene. Concha Giménez me habló de un tísico, que padecía muy frecuentes vómitos de sangre. Fui a la ronda de Segovia 13, donde tiene su domicilio. Pregunto, en el patio de la casa, por el enfermo, y una vecina me dice: Suba Vd. conmigo: soy su mujer. Pasamos al cuarto de esta familia. Se adelanta la mujer del enfermo y me detiene: «no entre ahora, porque está haciendo sus necesidades» (sic). Salió la pobre mujer del cuarto del enfermo, tapando con su delantal el vaso de noche... Entré en la reducida alcoba inmediatamente, decidido, como quien hace una hombrada... Pues, bien, yo aseguro que no noté ni el más ligero mal olor; nada. Confesé al enfermo: me entretuve lo ordinario en estos casos y, como he dicho, sin percibir ningún olor repugnante. Hay que tener presente que tengo un olfato muy

sensible. Ahora pienso que Dios Nuestro Señor aceptó mi pequeña mortificación y me la pagó aquí evitándomela” (GONZÁLEZ-SIMANCAS Y LACASA, 2008, pp. 182-183).

Y el 20 de marzo de 1931: “Un enfermo gravísimo. Vivía en la Almenara. Doña Pilar Romanillos me habló de él con pena, porque se negaba a recibir al sacerdote y estaba grave. Me habló también del mismo pobre D<sup>a</sup> Isabel Urdangarín. Les dije: encomendémosle al Señor, por mediación de Merceditas [Mercedes Reyna, Dama apostólica ya fallecida, a la que san Josemaría tenía gran devoción], esta tarde durante la bendición. Después iré a ver a ese hombre, llevando la reliquia de Mercedes en mi cintura... llegué a casa del enfermo. Con *mi santa* y *apostólica* desvergüenza, envié fuera a la mujer y me quedé a solas con el pobre hombre. «Padre, esas señoras del Patronato son unas latosas, impertinentes. Sobre todo una de ellas»... (lo decía por Pilar, ¡que es canonizable!). Tiene Vd. razón, le dije. Y callé, para que siguiera hablando el enfermo. “Me ha dicho que me confiese... porque me muerdo: ¡me moriré, pero no me confieso!” Entonces yo: hasta ahora no le he hablado de confesión, pero, dígame: ¿por qué no quiere confesarse? «A los diecisiete años hice juramento de no confesarme y lo he cumplido». Así dijo. Y me dijo también que ni al casarse se había confesado. Al cuarto de hora escaso de hablar todo esto, lloraba confesándose” (*Apuntes íntimos*, n. 178: GONZÁLEZ-SIMANCAS Y LACASA, 2008, p. 184).

### 3. Fin de una etapa

A comienzos de 1930 comprendió que Dios le pedía que dejara el Patronato de Enfermos. Había pasado ya el gran día del 2 de octubre de 1928 cuando, después de años de espera, su vida quedó marcada por una clara *iluminación* sobre lo que Dios le pedía; y había pasado también el 14 de febrero de 1930 en que supo que era voluntad de Dios que la labor del Opus Dei se extendiese también a mujeres. Era, pues,

necesario que dedicara todas sus fuerzas a difundir la llamada universal a la santidad en el mundo y así poner los cimientos y hacer el Opus Dei.

De todas formas la separación fue progresiva. Cuando el 11 de mayo de 1931, tres semanas después de caída la monarquía y llegada la Segunda República, tuvo lugar la quema de conventos en Madrid, las circunstancias le llevaron a dar un paso en esa dirección. Dejó la vivienda que tenía en el Patronato e instaló el domicilio familiar en un pequeño ático cercano, en la calle de Viriato, 22, propiedad de Luz Rodríguez Casanova, que tenía en la planta baja una de sus Escuelas.

La decisión se fue haciendo cada vez más firme. El día 15 de julio, desahogaba así su corazón sacerdotal: “Voy a dejar el Patronato. Lo dejo con pena y con alegría. Con pena, porque después de cuatro años largos de trabajo en la Obra Apostólica, poniendo el alma en ella cada día, bien puedo asegurar que tengo metido en esa casa Apostólica una buena parte de mi corazón... Y el corazón no es una piltrafa despreciable para tirarlo por ahí de cualquier manera. Con pena también, porque otro sacerdote, en mi caso, durante estos años, se habría hecho santo. Y yo, en cambio, (...). Con alegría, porque ¡no puedo más! Estoy convencido de que Dios ya no me quiere en esa Obra: allí me aniquilo, me anulo. Esto fisiológicamente: a ese paso, llegaría a enfermar y, desde luego, a ser incapaz de trabajo intelectual” (*ibidem*, n. 207: GONZÁLEZ-SIMANCAS Y LACASA, 2008, p. 185).

Poco después las religiosas aceptaron su cese, aunque siguió ayudándolas hasta que encontraron a un nuevo capellán: “No termino estas impresiones sin añadir que ha sido el Señor, quien ha puesto el punto final. Venía pidiendo yo en la Santa Misa que se arreglaran las cosas de modo que dejara de trabajar en el Patronato. Creo que fue el quinto día de hacer esta petición cuando el Señor me oyó: fue Él: no cabe

duda, porque accedió a mi súplica con creces...” (*ibidem*, n. 208: AVP, I, p. 373).

Tal como se había comprometido, siguió atendiendo algunos enfermos durante el verano hasta que el 28 de octubre se le comunicó que podía dejar definitivamente su relación con el Patronato y, al día siguiente, escribió: “Otro favor del Señor: ayer hube de dejar definitivamente el Patronato, los enfermos por tanto: pero, mi Jesús no quiere que le deje y me recordó que Él está clavado en una cama del hospital...” (*ibidem*, n. 360: AVP, I, p. 425). La realidad es que a san Josemaría se le había hecho necesaria la atención de los enfermos que había tenido tan cercanos en el Patronato y fue providencia divina que en ese mismo momento se le abriera una posibilidad de continuar esa labor, aunque con una dedicación diversa de la que requería el Patronato: “me hablaron de la Congregación de S. Felipe Neri, para atender a los pobres enfermos del Hospital General. Hoy he estado en los locales de la Congregación (...): desde el próximo domingo, comenzaré a ejercitarme en ese hermoso oficio” (*ibidem*, n. 360: GONZÁLEZ-SIMANCAS Y LACASA, 2008, p. 186). Fue, por lo demás, una tarea en la que invitó a que le acompañaran a algunos de los primeros que se acercaban a su apostolado. De hecho, de aquí arrancarían una de las costumbres que se continúa viviendo en la Obra: las visitas a los pobres de la Virgen y a los enfermos.

*Voces relacionadas:* Madrid (1927-1936).

**Bibliografía:** AVP, I, pp. 274-288, 371-374; Aa.Vv., *Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Palabra, 1994; Julio GONZÁLEZ-SIMANCAS Y LACASA, “San Josemaría entre los enfermos de Madrid (1927-1931)”, *SetD*, 2 (2008), pp. 147-203; Emilio ITÚRBIDE, *El amor dijo sí*, Pamplona, Ediciones Marianas, 1961; FRANCISCO MARTÍN HERNÁNDEZ, *Luz Casanova*, Madrid, Congregación de Damas Apostólicas, 1991.

Benito BADRINAS

## **Aviso de Copyright**

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.